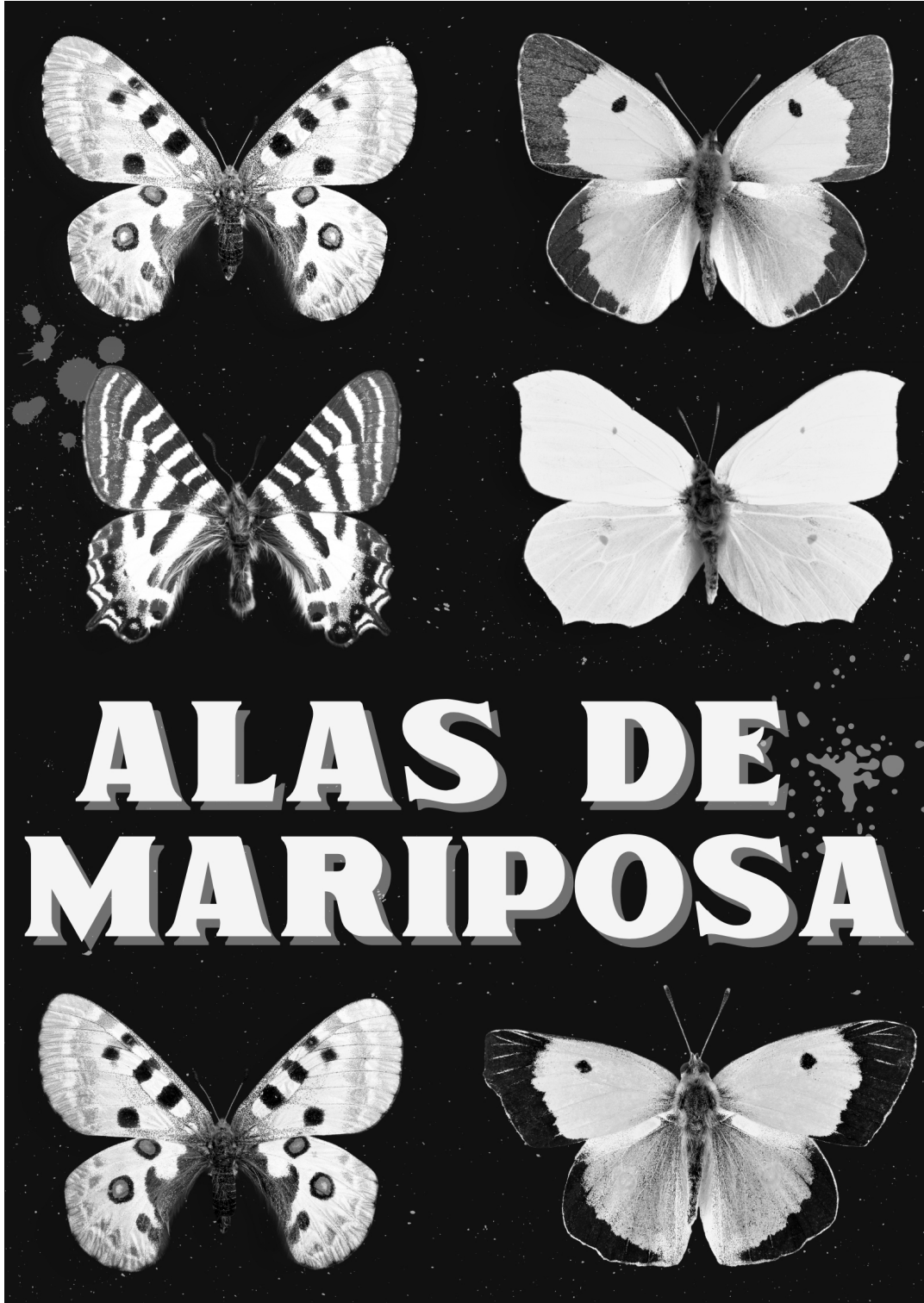


Alas de Mariposa

Mary Sk0ria



Capítulo 1

Capítulo 1: Belleza y fragilidad

La vida deshonesto de Enzo Cafiero.

En la casa que habité cuando era niño había un jardín gigantesco, casi tan grande como la propia vivienda en sí. Era enorme, lleno de todo tipo de flores de colores, inclusive papá había plantado un pequeño huerto de hortalizas y especias aromáticas en la parte trasera. Teníamos manzanos, nogales y una enorme higuera en medio de todo. Había una gran fuente de concreto, cubierta de enredaderas, donde bebían y se bañaban las aves que sobrevolaban el lugar.

Pero recuerdo un día en especial. Un día que el jardín se llenó de cientos de mariposas. Ellas aleteaban por todas partes, con sus bellos colores vibrantes, se posaban entre las flores y revoloteaban en círculos sobre todo el jardín.

La escena era hermosa, casi hipnótica; los bellos insectos se elevaban por encima de mi cabeza. Sentí mi corazón colmado de una emoción inexplicable, como si mi cuerpo se desvaneciera, y mi espíritu se fundiera entre las mariposas.

Recorrí el jardín en búsqueda de mamá, quería que viera lo que sucedía, quería que sintiera lo que yo sentía, pues sabía que las mariposas eran sus favoritas. Atravesé el huerto de papá, perfectamente alineado en cada uno de los surcos; el romero comenzaba a sobrepasar a las demás plantas. Seguí caminando, esta vez, apurando el paso entre la tierra negra. Con mis zapatos desanudados pasaba por encima de las rocas sueltas que hacían tambalear mi cuerpo hacia los lados; pero no había tiempo para ser cuidadoso, debía encontrarla antes de que las mariposas se esfumaran del lugar.

Entonces, paré en seco justo frente a los árboles frutales. Ahí era donde se concentraba la mayoría de las mariposas. Muchas agitaban sus alas, volando alrededor de un cuerpo que colgaba de una de las ramas más altas del manzano. Al verle quise gritar, pero mi garganta se paralizó, no podía emitir sonido alguno. El sudor frío escurría por mi nuca, sentía los latidos de mi corazón en la garganta, casi a punto de vomitar mi propia vida.

De pronto, el cuerpo giró en mi dirección y reconocí el rostro de mi propia madre. Tenía mariposas encima de sus ojos, mientras que una pequeña se posaba en su barbilla para caminarle sobre toda la cara. La imagen macabra mostraba su cuello roto bajo la soga de donde colgaba inerte, su cabello ondulado se mecía al ritmo del viento y su vestido caía con

delicadeza hasta sus piernas. Era como presenciar el cadáver de un ángel atormentado, un ser que albergaba belleza en su dolor.

Al cabo de un rato, las mariposas se aglomeraron encima de mi cuerpo, aleteando de manera violenta; era como si mi presencia las hubiese alterado. El miedo comenzó a consumirme.

Aquel día aprendí que, las mariposas son un signo de muerte.

Amaneció.

De nuevo había tenido esa pesadilla. Es cierto cuando dicen que en tu infancia pueden suceder muchas cosas que te marcan de por vida, pero entonces, ¿de quién es la culpa? ¿Cómo pude haberlo evitado, si era solo un niño?

Repentinamente, mi madre decidió terminar con su vida y no pudo pensar en una mejor idea para hacerlo que colgándose en el jardín de la casa donde vivíamos. A veces, por las noches, cuando cierro los ojos para conciliar un poco de sueño, veo su rostro deformado, casi en estado putrefacto. Los gusanos le han comido la mitad de la cara y su piel se volvió verdosa, exponiendo la carne ennegrecida de su esqueleto. Ella murmura algo indescriptible bajo los remanentes de sus labios y abre su boca de par en par para dejar escapar hacia mí miles de mariposas negras de su interior. Los insectos me cubren el cuerpo, alimentándose de mi carne, mientras yo me revuelco del dolor hasta mi muerte.

Linda forma de comenzar el día.

Me levanté de la cama, no podía dormir más. El departamento estaba en completo silencio y eso me causo cierto alivio, era como si aquello me indicara que había vuelto a la verdadera realidad y que todo lo demás no era más que una ilusión, un simple espejismo provocado por mis miedos.

Miré el reloj. Eran las cuatro de la mañana. Tenía suficiente tiempo para iniciar mi rutina.

Decidí hacer ejercicio, como todos los días. Me monté cuarenta minutos encima de la caminadora y terminé levantando pesas hasta que no pude más. Tomé un baño con agua helada, necesitaba despabilarme por completo, ya no quería pensar en los horrores de la madrugada; era tiempo de comenzar el día.

Lavé mis dientes frente al lavabo del baño. El dentífrico estaba acomodado de una manera diferente que la última vez que lo usé. Me llamó la atención, pero, aunque no me sentí tranquilo, no le quise dar mucha importancia. Vi mi reflejo sobre el espejo, había heredado el cabello rojizo de mi madre, tal vez por eso desde que ella falleció papá

hacía que lo rapara hasta que no quedara rastro de él. Pero desde que vivo solo lo he dejado crecer un poco, aunque no puedo acostumbrarme. Mis ojeras estaban peor que hace una semana, cada vez duermo menos.

Tomé mi café negro humeante, sin azúcar, mientras observaba las plantas marchitas que había colocado como adorno encima de la mesa principal.

"Solo heredé su cabello, pero no su habilidad de cultivar plantas", sonreí al recordarla. ¿Qué más me habría heredado? ¿Locura?

Di el último sorbo a mi taza, sintiendo como se quedaban atrapados entre mis dientes los remanentes de los granos de café sin moler.

De nuevo tendría que lavarme los dientes.

Salí del departamento sin hacer ningún ruido, me gustaba ser casi imperceptible, no quería toparme a nadie; aunque siendo sincero, éramos pocos los que vivíamos en el edificio. No porque la renta fuera elevada, sino porque el bloque se ubicaba a las afueras de la ciudad. Pero para mí era perfecto, era justo lo que necesitaba.

Al instante que llegué a la estación del metro, el día comenzaba a aclarar. El cielo estrellado se sustituía por los tonos rojizos y rosados de la mañana. El invierno estaba a punto de terminar, pronto vendría la primavera, lo podía sentir porque, aunque el viento seguía soplando helado, el sol también hacía de las suyas, calentando el concreto al rozarlo con la luz.

Subí las escaleras para entrar en la cabina y comprar mi pasaje. Estaba a buen tiempo para llegar al trabajo. Estos últimos días había estado muy tranquilo en la oficina, ya que la temporada alta había terminado el mes pasado. Ahora solo nos dedicábamos a formular nuevas estrategias para el próximo período. En este momento, el mercado estaba muerto.

Volteé al cielo. El sol había salido por completo, a pesar de que un par de nubes flotaban cerca de él. No parecía que hoy llovería.

Seguí caminando por el pasillo, las personas pasaban de largo, acelerando su paso para sobrepasarme. En sus rostros se dibujaban muecas de preocupación y hartazgo.

En ese instante, sentí un objeto debajo de la suela de mi zapato. Esa cosa extraña me hizo resbalar hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Instintivamente, traté balancearme con mis brazos, pero sentí que golpeé algo inmóvil que se posaba detrás de mí.

—¡Ah! —escuché un quejido grave, luego de un golpe seco, como si se

hubiese desplomado hasta el suelo.

Aquello me sorprendió y me volteé de inmediato, no podía creer que con solo el leve impulso de mi cuerpo fuera suficiente para tirar a alguien hasta el piso.

—¡Lo siento! —me disculpé anticipadamente. —¿Se encuentra bien?!

En el piso yacía un chico, tal vez era unos cuantos años más joven que yo. Él se aferraba al concreto, como si temiera caer por debajo de la placa.

Se veía mareado, ¿estará ebrio?

—¿Por qué carajos no te fijas por donde vas, idiota? —rezongó enfurecido.

—¡Eh! —exclamé, señalando su mano izquierda.

Estaba cubierta de sangre, puesto que la mayoría de su piel se había desprendido como el cascarón estrellado de un huevo hervido. Lo miré a la cara y percibí que también tenía heridas en ella.

—¿Qué pasó? —balbuceé nervioso.

—No es nada —respondió ligeramente, relamiéndose la sangre que brotada de su herida. —Es mi culpa —carraspeó.

—¿De qué hablas? ¿Yo te he herido? —me sobresalté.

—Tengo... —musitó, como si en realidad no quisiera decirlo.

—Epidermólisis bullosa.

—Epi... —resoplé. —¿Epidermólisis?

—¿Alguna vez has tocado las alas de una mariposa? —me preguntaba mientras sangraba la nueva llaga que se había formado en sus labios.

La sangre roja y brillante le comenzaba a escurrir hasta la barbilla. En sus ojos enrojecidos podía ver una furia contenida que opacaba el dolor anidado en sus heridas. Esto parecía ser una broma desgraciada del destino.

No le pude responder, en mi interior no encontraba las palabras correctas. Temía que la respuesta terminara con nuestra fugaz conversación y prosiguiéramos con nuestro camino como dos extraños que jamás volverían a verse. Pero, aquella pregunta me transportó a un viejo

episodio de mi infancia, algo que creía ya olvidado.

Lo cierto era que, en mi infancia gustaba de perseguir mariposas.

Ahora que lo pienso, tal vez era un pasatiempo muy cruel. Atrapaba sus alas, pellizcándolas entre mis dedos, mientras se posaban descuidadamente sobre una flor. Me gustaba colocarlas en un frasco, aun cuando estaban con vida, para que aletearan en su interior hasta que se terminara el oxígeno. Mientras eso sucedía, admiraba su belleza, sus colores, su desesperación y confusión ante la muerte inminente.

Es que, todo se vuelve más bello minutos antes de morir, es en la mortalidad donde reside la verdadera belleza. Lo efímero del sentimiento, saber que solo durara unos instantes y qué jamás volverás a experimentarlo más que en tus recuerdos; aquellas son cosas por las que vale la pena vivir.

—Lamento haberte golpeado, fue un accidente —tartamudeé como respuesta.

Sus manos estaban llenas de cicatrices en distintos grados de escarificación, algunas seguían rojas en carne viva, mientras que otras se habían convertido en pequeñas manchas rosadas o de un sutil marrón que resaltaba sobre su piel lechosa, casi fantasmal.

—Entiendo —resopló, poniéndose de pie, refunfuñando.

—¡Permíteme ayudarte! —le tendí mi mano, pero él la ignoró, sin siquiera dignarse a verme.

Él vestía una enorme gabardina negra, abierta a los costados. Debajo traía un suéter de cuello largo y pantalones del mismo color. Eran pocos los rincones que mostraban su piel, solo sus manos y su rostro, pues de inmediato comprendí que buscaba esconder sus lesiones. Traía un gorro negro encima, pero los mechones de su cabello castaño sobresalían de éste.

Casi éramos del mismo tamaño, sus labios me llegaban a la barbilla. Su cara se veía enferma, de mejillas inexistentes y con la piel reseca, pero sus ojos enmarcaban su belleza. Esos ojos que oscilaban entre tonalidades verdosas y marrones, acogidos bajo sus pobladas cejas, siempre con el semblante endurecido.

—Oye, eso parece que pude infectarse... —señalé sus cortes profundos.

—Más vale que no —bufó. —Eso sí sería un problema para mí.

Su tono de voz se volvía altanero, probablemente no era la primera vez que le pasaba algo como esto; pero, supongo que no por eso lo hacía más sencillo.

—Por favor, déjame invitarte una bebida caliente —lo halé suavemente del hombro. —Podemos ir a una cafetería cercana para que laves tus heridas...

—Estoy bien —apartó mi mano.

—Insisto —le respondí de inmediato. —Me siento fatal.

Casi le estaba rogando que no se fuera, quería compensarlo. Esto no podía terminarse con un simple adiós, no lo dejaría marcharse tan fácilmente.

Él me miró fijamente por un par de minutos. Su ceño por fin se relajaba, ya no parecía estar tan molesto. Su cabello revoloteó cuando la ráfaga de viento helado le dio de lleno en su rostro, su nariz se puso roja y sus ojos lagrimeaban ante la resequedad.

—Supongo que... —exclamó casi inaudible. —Podría acompañarte.

—Mi nombre es Enzo —esbocé una sonrisa. —Enzo Cafiero —le estiré mi mano.

—Soy Ian —respondió ante mi saludo, rosando débilmente su piel con la mía.

—Ian —recalqué.

Capítulo 2: Larvas y crisálidas

Los fragmentos de Ian Collins.

"Este tipo es un idiota", fue lo primero que pensé al verlo. Pero no era un idiota por vestir un estúpido traje de oficina, o por caminar descuidadamente en un espacio público, no. Él era un idiota por haber reaccionado de esa manera. No necesito su condescendencia.

Las personas como yo, que no somos como el resto, estamos conscientes de ello. Yo lo sé, he nacido con esta condición y me las he podido arreglar para sobrevivir todo este tiempo. No necesito la lastima ni el trato frívolo que esta conlleva.

Pero aquí estaba, con este idiota de sonrisa incómoda, bebiéndome un café con sabor a mierda, en una cafetería olvidada por Dios, llena de cucarachas que correteaban por el piso de azulejo estrellado que se había vuelto amarillento.

"Este es mi karma por ser un maldito desgraciado", rasgué un sobrecito de azúcar para vaciarlo en la taza despintada que me había dado la camarera, quien, a juzgar por su aspecto y el olor de su aliento, hoy había decidido no asearse.

—Entonces... —carraspeó Enzo.

"Sí, creo que dijo que se llamaba Enzo", un desperdicio de un buen nombre en una persona tan ordinaria.

—¿Cómo te sientes, Ian?

—¿Eh? —no me gusto como me llamó con tanta familiaridad, pero no quería ser tan descortés, pues a pesar de todo, estaba tratando por ser amable a su manera. —Estoy bien, solo iré al baño para colocar un poco de crema sobre mis heridas abiertas.

—Al menos dejaron de sangrar —sonrió nervioso, pero vi cierta calidez en su rostro.

Por un instante me sentí un poco mal de haberle juzgado. Pero esto terminaría al beber ese café, solo tenía que resistir un par de minutos más.

—Bueno... —me sentí incómodo. —Iré al baño.

—No te preocupes, yo cuidaré de tu café.

Asentí en señal de agradecimiento.

Me levanté del sitio, pasando de largo hacia el fondo de la cafetería. Me percaté de que no había nadie mas que nosotros dos en aquel triste lugar. ¿Cómo es posible que no haya quebrado aún? Nadie viene a comer aquí, salvo los insectos que viven dentro de las viejas paredes.

Llegué hasta la última puerta oxidada. Frente a mí había un viejo anuncio despintado y roído que advertía ser el baño de hombres. La abrí con mi hombro, no quería tocar ese foco de infecciones con mis manos llenas de heridas en carne viva.

Caminé rápido hacia el lavabo. El lugar se inundaba con un desagradable

olor a orines y excremento proveniente del desagüe destapado.

"*Carajo*", cerré los ojos y comencé a respirar por la boca.

Paré frente al espejo, mirándome reflejado en él.

—Mira eso... —susurré para mí mismo.

Mi labio inferior estaba cubierto con mi sangre seca, que se había tornado de un marrón rojizo. Tenía la cara llena de cicatrices, era como si mi piel fuese tan frágil como las alas de una mariposa; tan fácil de arrancarla al simple tacto.

Saqué un pequeño tubo de crema que guardaba en mis bolsillos para emergencias como ésta. Coloqué un poco en las zonas heridas, con la yema de mi dedo índice daba pequeños toquecitos, no quería empeorarlo.

"*Papel de arroz, mi piel es como el papel de arroz*", me quité el gorro de la cabeza. En mi cráneo sobresalían pedazos enrojecidos de calvicie, entre los mechones delgados de mi cabello. Eran heridas de todos mis golpes y caídas del pasado, éstas habían cicatrizado perdiendo la capacidad de engendrar nuevo cabello en ellas.

A veces me pregunto, si la muerte sería una mejor opción que seguir con vida. Es que, de cierta forma, no tiene sentido mi existencia. Este mundo no está hecho para las personas como yo. Tal vez en el más allá, cuando no sea más que una simple conciencia, una idea o un espíritu, yo pueda vivir fuera de esta prisión dolorosa que me atrapa y me consume día con día.

Pero hoy no sería el día, hoy no.

"*Solo bebé ese estúpido café y sigue con tu día*", salí del baño, decidido a hacer lo que tenía que hacer.

Enzo me esperaba sentado en su sitio, recargado sobre la barra, mientras admiraba los viejos cuadros colgados en las paredes de la cafetería. Eran fotografías viejas, fotografías a blanco y negro de personas que probablemente ya habían fallecido. La mayoría se encontraba sonriendo, ¿realmente eran felices o solo sonreían por compromiso para la foto?

—Disculpa mi tardanza —me senté a su lado, no sin antes alejar un poco mi silla, no quería que mi rodilla rozara con la suya.

—No te preocupes —sonrió hacia mí.

Miré la taza por un par de segundos, estoy seguro de que yo la había dejado con la oreja volteando hacia mi derecha y ésta ahora yacía hacia el

frente. Fue extraño, pero el café seguía humeando, probablemente la mesera la había rellenado al pasar frente a la barra.

Bebí el café de golpe, realmente quería irme ya de ahí.

—¿Sabes, Ian? —escuché la voz de Enzo, aun cuando yo seguía bebiendo de la taza. —Creo que eres hermoso...

—¿Disculpa? —tosí hacia la barra. —¿Qué acabas de decir, basura?

—Qué eres hermoso, pero no lo noté a simple vista —cubrió su boca con su mano izquierda. —Descubrí que eras hermoso cuando describiste tu frágil piel como él ala de una mariposa...

—Estás demente —mi lengua comenzaba a arrastrar las palabras, por alguna extraña razón me sentí terriblemente débil.

—¿Te sientes cansado? —la sonrisa en su rostro se deformaba, tomando una expresión macabra, casi en éxtasis. —No te preocupes, te llevaré a casa.

—Tú... —mi respiración se volvió pesada. —Tú no sabes donde vivo —quería golpearlo, pero mi cuerpo no reaccionaba.

Poco a poco, me fui desplomando sobre la barra, sintiendo mis ojos pesados. Aunque luché por no cerrarlos, perdí.

No recuerdo lo que sucedió después de eso.

Había un extraño aroma en el aire, un olor que me recordaba a mi niñez, cuando mamá me solía dejar encerrado todo el día en mi habitación, sin siquiera dejarme jugar con otra cosa que no fueran muñecos de trapo que ella misma había confeccionado. Recordé mi habitación, recubierta con una gruesa alfombra afelpada y las paredes llenas de colchonetas coloridas. No tenía muebles, ni espejos, solo era mi cama y mis peluches. Sí quería leer un libro, mamá tenía que sostenerlo y cambiar la página por mí. Ella siempre cortaba mi comida, no me dejaba usar el cuchillo, ni tenedores; solo podía comer con una cuchara de madera, pero no debía rozarla con mi lengua. Mi madre me educó en casa hasta la preparatoria, ya que era el grado máximo que le permitía el estado. Después de eso, me convenció para estudiar mi licenciatura en línea, excusándose que así terminaría más rápido y no tendría que preocuparme por irracionalidades. Pero luego, ella murió repentinamente de un cáncer de matriz. Papá lo dijo una vez, cuando llegó a casa muy borracho y creyó que yo dormía; mamá murió por mi culpa. Me cuidó tanto que olvido cuidar de ella misma, nunca les prestó atención a las señales de la enfermedad sobre su cuerpo. Y, desde ese día, decidí que nadie más tendría que volver a

preocuparse por mí.

Lentamente entreabrí mis ojos, de la nada, escaparon de ellos unas cuantas lágrimas, que se habían albergado después del recuerdo que tuve de mi madre.

"¿Dónde estoy?", me dolía todo mi cuerpo, pero sentía que estaba encima de una superficie suave.

—Despertaste antes de tiempo —reconocí la voz de Enzo.

—Mierda... —ahora lo recordaba todo, como un balde de agua fría que caía sobre mi cabeza.

Por fin pude despabilarme. Estaba atado de pies a cabeza con una extraña tela negra que me inmovilizaba el cuerpo.

—No te preocupes —acaricié mi mejilla suavemente. —Hice tus ataduras con seda, así que debe hacerte el mínimo daño posible.

—¿Por qué haces esto, hijo de puta? —sentía mis muñecas arder, probablemente ya estaban sangrando bajo la tela.

—Shhh, guarda silencio —colocó uno de sus dedos sobre mis labios. —No hagas ruido, aún no.

Enzo parecía una persona completamente diferente a quien había conocido en la cabina del metro. Tenía un semblante desquiciado, como si se hubiese perdido a sí mismo. Aunque, siendo sinceros, tal vez éste era su verdadero ser.

"¿Qué va a hacerme?", solo podía imaginar lo peor.

Inesperadamente, escuché horribles gritos, que imploraban piedad, mientras lloraban descontroladamente. Enzo apareció en la escena, cargando un mazo de hierro en sus manos.

Primero pensé que me molería a golpes, pero paso de largo de la cama, introduciéndose en una pequeña puerta que de inmediato discerní que se trataba de un sótano.

Los gritos se agravaron. Eran horribles, mi corazón latía acelerado, nunca había tenido tanto miedo.

De la nada, Enzo salió, abriendo la puerta de una violenta patada. Tras de él arrastraba a un hombre que convulsionaba con un severo golpe en el cráneo. La herida exponía parte de su cerebro y el suelo se teñía de rojo

con su sangre.

Él aroma de las entrañas inundo la habitación, sentí náuseas y, aunque quería gritar, no pude. Solo comencé a lloriquear, hundiendo mi boca entre las sábanas. Lo peor de todo era que el hombre seguía vivo.

—Parece que no se quiere morir —bromeó cínicamente Enzo, quien comenzó a silbar una canción con tranquilidad.

"Maldito lunático", sentí rabia.

Enzo caminó fuera del lugar, mientras el hombre del cráneo destrozado seguía convulsionándose por todo el piso. Era una escena de pesadilla, casi infernal.

Volvió, no tardo tanto y seguía silbando su ridícula canción. Miró al hombre con asco y se inclinó hacia él, de su espalda saco un enorme cuchillo, con la hoja más afilada que hubiese visto jamás. Levantó la cabeza de su víctima, estirándolo de su cabello corto y posó el arma en el cuello del hombre moribundo. Él tenía los ojos en blanco, pero aún así podía sentir como estaba sufriendo.

Tras un sonoro resoplido, Enzo rebanó su cuello de un tajo y un enorme chorro de sangre salpicó todo el suelo, inclusive llegando a rociar un poco hasta la cama.

—Estás loco —balbuceé conteniendo el llanto.

—No tenía planeado matarlo hoy —sonrió hacia mí. —Pero tuve que hacerlo, de ahora en adelante quiero dedicarte toda mi atención a ti, Ian —exclamó con dulzura. —Te amo —agregó.

Enzo arrastró el cadáver desangrado de aquel hombre. Me sentí mal por él, su familia jamás sabría todo lo que sufrió en sus últimos minutos de vida, ¿habrá pensado en ellos antes de morir?

Por favor, Dios, dime que esto es solo una pesadilla. Y sí no lo es, déjame morir rápido.

Cerré mis ojos y comencé a rezar la única oración que recordaba de cuando era niño.

"Padre nuestro, que estas en el cielo, santificado sea Tú nombre...", pero yo sabía que estaba muy lejos de Dios en estos momentos, y que tal vez no podría escucharme.

Enzo tardó una eternidad en limpiar el sitio, usó mas de una docena de productos de limpieza, cada uno tenía un aroma a químicos mas fuerte

que el anterior. Yo le imploraba por mi vida, tratando de convencerlo de que me dejara libre, casi desgarrando mi garganta entre gritos; pero él me ignoraba, parecía que no me escuchaba, que en ese momento no existía en su mundo.

Mi cuerpo y mi mente se encontraban muy agotados, ya ni siquiera tenía fuerzas suficientes para seguir gritando por ayuda, me quedaba claro que nadie iría a ese sitio a rescatarme.

Cuando de pronto, apareció Enzo en la habitación. Estaba desnudo, con el cabello perfectamente peinado hacia atrás y su rostro lavado. Él me miraba y yo note cierta ternura en sus ojos. Me causó una severa repulsión.

—No, por favor —le supliqué atemorizado, pero mi espíritu se había quebrado horas atrás.

Sentía dolor en todo mi cuerpo, en mis entrañas; mis músculos se habían entumecido y no podía moverme. Realmente estaba a su merced.

De una de sus manos saco un enorme látigo, el cual guardaba en sus cuerdas remanentes de sangre seca.

"Esta bestia planea matarme a golpes", contuve la respiración y mis lagrimas volvieron a brotar escurriendo por mis mejillas hasta empapar las sábanas.

—¡Por favor, no me hagas daño! —grité con lo último que me quedaba de voz.

—¿Yo hacerte daño a ti? —caminó hacia donde yo me encontraba y con su pulgar acarició suavemente mi barbilla. —¿Qué no dije que te amaba?

Mi cuerpo temblaba del miedo.

"¿Qué vas a hacerme?", solo podía pensar en eso.

Él se inclinó hasta mí, y yo cerré los ojos, aún así, sentí su rostro a escasos milímetros del mío. No quise verle, no podía. Su aliento caliente rozaba ligeramente mi cara, la punta de su nariz acariciaba las heridas sobre mi piel. Entonces, sentí un ligero beso de su parte sobre mi labio inferior, casi imperceptible, como si temiera hacerme daño.

—No voy a hacerte daño, Ian —murmuró en mi oído.

Después de eso, sentí como se alejó. Por fin volví a abrir mis ojos. Enzo se paró a los pies de la cama, viéndome de frente. Giré mi cabeza para verlo

y él alzó su látigo al aire.

Nunca me quitó la mirada de encima.

—Hoy la mariposa no perderá sus alas —sonrió demencial. —No voy a hacerte daño, mariposa mía, pero... —contuvo una carcajada. —Es hora de pagar por mis pecados, nunca más volveré a arrancarte tus alas, pero por favor, promete que te quedarás conmigo para siempre —lloriqueó como un niño.

—¿Qué...? —solté casi inaudible.

—Por favor perdóname, por favor —me rogaba.

Enzo comenzó a azotar su espalda con aquel látigo.

Uno tras otro, los latigazos golpeaban violentamente su cuerpo, rasgando su piel, exponiendo su carne. Cada que alzaba su brazo tomaba un gran soplo de aire y al momento que recibía el impacto vaciaba sonoramente sus pulmones.

Su cuerpo se pintó completamente de rojo con su propia sangre. El verdadero monstruo afloraba fuera de su piel falsa, mientras juraba que me amaba una y otra vez.

Nunca, en ninguno de sus golpes, se rompió, ni tampoco dejó de verme directamente a los ojos.

Fin.